

ASAMBLEA LEGISLATIVA

Fórmula No. 20

2318 - Imp. Nacional - 1967

INICIATIVA DE

Neil Neil

ASUNTO

Ciudadanía Honorífica al señor John F. Kennedy, Trigésimoquinto Presidente de E.E.U.U.

PROYECTO PUBLICADO EN "LA GACETA" No. _____ DE _____ DE _____ DE 196

DICTAMEN PUBLICADO EN "LA GACETA" No. _____ DE _____ DE _____ DE 196

ENTREGADO A LA COMISION PERMANENTE DE

Honores

FECHA

10 nov/67

PLAZO PARA PRESENTAR MOCIONES VENCE

FECHA

PLAZO PARA RENDIR DICTAMEN VENCE

FECHA

PARA 1ER. DEBATE

FECHA

PARA 2O. DEBATE

FECHA

PARA 3ER. DEBATE

FECHA

DECRETO No.

DE

DE

DE

SANCIONADO EL

DE

DE

PUBLICADO EN "LA GACETA" No.

DE

DE

DE 196

INICIADO EL

8 noviembre de 1967

ARCHIVADO EL

PROYECTO DE ACUERDO

SE CONCEDE LA CIUDADANIA HONORIFICA AL SEÑOR PRESIDENTE DE
LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA, JOHN F. KENNEDY.-

SEÑORES DIPUTADOS:

El 29 de mayo de 1917 nació John Fitzgerald Kennedy. El 20 de enero de 1961, tomó posesión como trigésimoquinto Presidente de los Estados Unidos de América, y el 24 de noviembre de 1963, fue asesinado brutalmente en Dallas, Texas E.U.A..-

Fue un día trágico para amigos y enemigos de todo el mundo, por la muerte de este gran estadista. Cabe aquí, señores Diputados, repetir la famosa anécdota del siempre recordado Sir Winston Churchill: "Jamás en la historia de la humanidad, pocos han hecho tanto por tantos".-

Esa frase, señores Diputados, la traspaso con todo cariño a John F. Kennedy, quien fue amigo de los débiles y luchó a brazo partido por lo que él creyó siempre.

Entre sus obras, podemos destacar: "La Alianza para el Progreso", que fue creada, precisamente, para ayudar a los países subdesarrollados, y como testigo de ello, desde hace años la Alianza para el Progreso que se ha instalado en todos estos países subdesarrollados; en el nuestro, ha venido desempeñando un papel sin precedentes por medio del llamado Cuerpo de Paz y otros organismos afines. Además, señores Diputados, John Fitzgerald Kennedy, demostró un cariño especial a Costa Rica; tan es así, que el 18 de marzo de 1963, arribó a La Sabana, siendo aclamado por una multitud jamás vista en Costa Rica.-

Podemos decir, señores Diputados, que nuestro país fue el único de Latino América que visitó este gran estadista durante su corto paso por la Presidencia de los Estados Unidos,-

Aquí, señores Diputados, lo conocimos; vivió aquí entre nosotros durante un lapso corto; durante esos pocos días, sólo oíamos cariñosas y afables frases para nosotros los costarricenses; es más, señores Diputados, el mundo entero recordará que cuando este gran Presidente, encontrándose ante una situación inminente de guerra, se enfrentó valientemente a la Unión-

Soviética, que tuvo que ordenar el retroceso de los barcos que llevaban la amenaza para la humanidad.-

Esa actitud valiente del Presidente Kennedy, en ese entonces, el mundo entero, jamás podrá olvidarla, y digo el mundo entero, porque aún los comunistas, deben estar pensando en la valentía y decisión de este joven gran Presidente.-

Hay que recordar algunas de sus frases, tan llenas de sentido, de gran responsabilidad para la humanidad.- Dijo en el discurso inaugural de su Gobierno:

"Conciudadanos del Mundo: Preguntad: no qué puede hacer por vosotros los Estados Unidos de América; sino qué podemos hacer juntos por la libertad del hombre".-

Otra frase de mucho sentido de justicia social para la humanidad, dice:

"Unámonos ambas partes para acatar en todos los ámbitos de la tierra el mandamiento de Isaías llamando a: "Desha - ced los pesados haces de opresión...(y) dejar ir libres a los quebrantados".-

Y así sucesivamente, señores Diputados. En la sesión de apertura de la Conferencia de Presidentes de marzo 13 de 1963, celebrada en el Teatro Nacional de San José de Costa Rica, dijo lo siguiente:

"Para enfrentar este reto enorme, los pueblos de las Américas han forjado una Alianza para el Progreso conforme a la cual todos los Estados de América han movilizado sus recursos y energías para conseguir tierras para los desposeídos, educación para los que no tienen escuelas y un ritmo más rápido de crecimiento económico, en una sociedad en la que todos puedan compartir los frutos del progreso".-

John Fitzgerald Kennedy fue un cristiano practicante. Nació en un hogar católico, en Broocklyn, Massachusetts el 29 de mayo de 1917; sus padres fueron: Joseph Patrick y la señora Rose Fitzgerald Kennedy, quienes supieron crear un verdadero ciudadano, que más tarde vino a proteger a los débiles contra los fuertes.-

Por todo lo anteriormente expuesto, y tomando en cuenta la preocupación desinteresada que demostró este gran Presidente hacia los países

subdesarrollados y en especial el cariño tantas veces demostrado hacia nuestra querida Patria, someto a consideración de ustedes, señores Diputados, el siguiente Proyecto de Acuerdo:

LA ASAMBLEA LEGISLATIVA DE LA REPUBLICA DE COSTA RICA

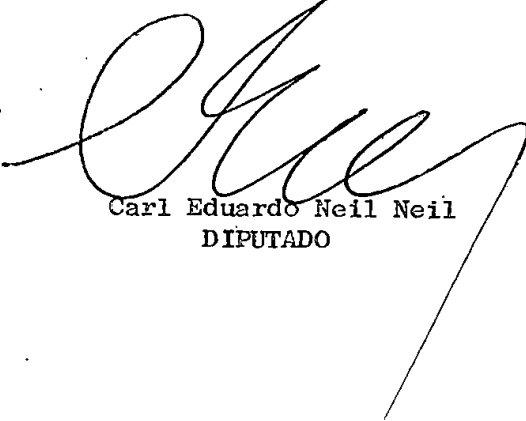
A C U E R D A:

ARTICULO UNICO: Otorgar la Ciudadanía de Honor Costarricense en la próxima legislatura, al Presidente de los Estados Unidos de América y quien fue en vida John Fitzgerald Kennedy, por sus notables servicios prestados a la humanidad y a los países subdesarrollados entre ellos a nuestro país, por medio de la Alianza para el Progreso y otros organismos, Y se autoriza al Directorio de la Asamblea Legislativa para que proceda a la instalación de su retrato en el Salón de Expresidentes de la República. Asimismo, la pista que se construirá entre El Coco y San Ramón, se bautizará con el nombre de "JOHN F. KENNEDY".-

Comunicar este Acuerdo a sus deudos, por el canal diplomático correspondiente.-

PUBLIQUESE.-

Noviembre 8 de 1967.-


Carl Eduardo Neil Neil
DIPUTADO

Depto. de Secretariado.-
Adeu. 8/11/67.-

AUTOS

ASAMBLEA LEGISLATIVA

OFICINA DE LA SECRETARIA.

SAN JOSE, A LOS ocho DIAS DEL MES DE noviembre

DE MIL NOVECIENTOS sesenta y siete./

1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
26	
27	
28	
29	
30	

En sesión de esta fecha fue presentado a conocimiento de la Asamblea Legislativa por el Diputado NEIL NEIL, el proyecto de ley objeto de este expediente.- El Presidente ordenó pasarlo a estudio e informe de la COMISION PERMANENTE DE ASUNTOS HONORARIOS.

Antonio Arroyo Alfaro
PRIMER SECRETARIO

XIV

SEMBLANZA DE UN DIRIGENTE

Al pretendiente a candidato que encabezaba la lista demócrata meses antes del crítico año de las elecciones, le faltaban todas las condiciones tenidas como necesarias en un candidato presidencial.

No era ni el gobernador de un gran Estado, ni un ministro, ni un general, ni protestante, ni un veterano líder del partido, ni personificaba ideal nacional alguno, ni era el campeón de ningún grupo ni de ninguna ideología. No pasaba de los sesenta o al menos de los cincuenta años, edad considerada la de plenitud política. Era un simple senador que acababa de cumplir su primer mandato, católico, demócrata independiente, y apenas pasaba de los cuarenta.

"O mucho se equivocan las encuestas, o millones de americanos desean elegir a este hombre todavía joven e inexperto para la presidencia", dijo Joseph Alsop. "¿Pero por qué?" ¿Por qué los americanos, al encararse con la década quizá más difícil del siglo, escogerían un hombre que parece tan desprovisto de convicciones sólidas?, se preguntaba un historiador. Y el columnista Marquis Child escribía: "Con sus cuarenta y dos años de edad y su mechón de cabellos rebeldes, Kennedy sigue pareciendo un universitario que prepara su licenciatura en Ciencias Políticas". Sin embargo, Kennedy era un contendiente formidable en la lucha por el cargo más importante del mundo libre. ¿Por qué?

La carrera política de Kennedy proporciona en parte la respuesta. Al principio de su actuación legislativa ganó el apoyo de gran variedad de líderes y de grupos políticos que veían en

él un símbolo de moderación. Por otra parte, él ha estado realizando extensas e intensas campañas electorales, desde hace cuatro años y en absolutamente todos los Estados de la nación, incluidos Alaska y Hawái; hasta ha ido a Puerto Rico y a las islas Vírgenes, que también mandan delegados a las convenciones presidenciales. Probablemente haya aparecido él ante más demócratas que ningún otro candidato demócrata excepto Stevenson. En tercer lugar, su candidatura constituía en cierta manera una novedad intrigante, a causa de su religión. En el terreno por lo demás monótono y aburrido de la política, él era el único demócrata, aparte de Stevenson, cuya imagen resultaba familiar a millones de americanos apolíticos. Esto no es mérito exclusivo de Kennedy, en gran parte se debe a la feliz combinación de su buena presencia y de que la televisión y las revistas pudiesen encargarse de transmitir su imagen a más de treinta millones de hogares por todo el país.

¿Cómo era esta imagen? No se trataba solamente del aspecto físico, el contraste de una dentadura blanca y radiante con una tez bronceada y el mechón de cabellos, sino también al reflejo, aunque superficial, de la personalidad del hombre en su aspecto exterior. Una encuesta en verano de 1959 preguntaba a la gente qué clase de persona era Kennedy. Las respuestas fueron: "enérgico... inteligente... guapo... mucha voluntad... buena familia... agresivo... dinámico... franco...".

Entre los republicanos, aunque algunos le calificaron de pedante y ambicioso, la mayoría le dejaron en buen lugar, y el defecto que le achababan era el de pertenecer al otro partido. Los electores independientes mencionaron su honradez, su imparcialidad y su cultura. En conjunto, los resultados de la encuesta fueron favorables para Kennedy. En otra encuesta, a fines de 1957, se pidió a la gente que puntuara a Kennedy (según una escala de diez puntos: la más alta calificación era cinco sobre cero, la más baja calificación cinco bajo cero. Votó sobre cero un número de personas diez veces superior al que votó bajo cero; la mayoría de los que le puntuaron sobre cero le dieron una calificación muy alta; en cambio, la mayoría de los que votaron bajo cero le puntuaron cerca del cero.

Había gente a quien Kennedy no gustaba, la opinión de esta gente se refería, como la de los otros, en el aspecto exte-

rior de Kennedy: consideraban que un presidente no debía ser tan joven y guapo. Muchos le juzgaban oportunista, pragmático, siempre a punto de cambiar de opinión según el viento político que sopla; le han descrito como el "Nixon demócrata", como un político ambicioso y tenaz, más inclinado a actuar en virtud de las circunstancias que en virtud de principios fundamentales, y que por lo tanto actúa en un vacío ideológico. "¿Hay algo que haga latir el corazón de ese hombre?", preguntaba un cronista.

Cuando más se estudia la imagen popular de Kennedy, más sorprende su proyección unidimensional, su superficialidad. La gente, de manera mecánica y calidoscópica, ha proyectado solamente sus características menos profundas. Resumida en una frase, la opinión sobre Kennedy que prevalece es la de "un chico simpático que quiere ser presidente"; frase repetida hasta la saciedad. Con una frase similar, hace treinta años, Walter Lippmann descartó con palabras que los historiadores no dejarán olvidar, a otro aspirante a la presidencia, a quien se calificó como "hombre bondadoso con impulsos filantrópicos pero... poco enérgico", "hombre agradable que, sin tener talla para el cargo, tiene muchas ganas de ser presidente". Se refería a Franklin D. Roosevelt. No debe deducirse de esto, naturalmente, que todos los juicios categóricos en política estén fatalmente condenados a resultar erróneos, pero vale la pena procurar medir las palabras.

¿Qué clase de hombre?

Mucha gente no ve en Kennedy más que un hombre sociable, deportivo y jovial a quien le encantan las giras y arengas políticas, o un ídolo popular que habría sido una estrella de Hollywood si no fuera un político en Washington, o un despreocupado vividor. En realidad, Kennedy es un hombre serio y concienzudo, casi tan despreocupado como una máquina calculadora, a quien le gusta el aspecto técnico y administrativo de la política, pero no las giras, y su semejanza a un ídolo de la pantalla es puramente apariencia. Nadie lo sabe mejor que su esposa. A ella le pone nerviosa que hablen de Kennedy como

de un "chico simpático". "¡Qué tontería!", dice ella. "A Jack apenas le queda tiempo para dedicarse a deportes y tonterías. Su mente inquieta siempre está trabajando". Ella ha dicho más de una vez que, si tuviera que dibujar a su marido, le representaría como un cuerpo pequeño y una enorme cabeza. Kennedy por lo visto comparte esta opinión. Una vez su mujer le preguntó cuáles creía que eran sus mejores y sus peores cualidades, y él contestó que su mejor cualidad era la "curiosidad". (Ella dice haber olvidado la respuesta a la segunda parte de la pregunta.)

Kennedy, en resumen, tiene básicamente las cualidades del intelectual. Le gusta leer, pensar, analizar. Disfruta más poniéndose los lentes y quedándose en cama leyendo alguna biografía que asistiendo a reuniones sociales, cómo disfruta más en compañía de unas cuantas personas inteligentes (especialmente si entre ellas hay miembros de su familia) que en un gentío. Considera la vida política una "rutina embrutecedora". Nunca ha dado la impresión de apasionarse por una campaña y de disfrutar con el ruido y la confusión, como les ocurría a Roosevelt y a Truman, y como les ocurre ahora a Kefauver y a Humphrey. Kennedy considera las campañas electorales un trabajo duro, aunque necesario.

Es distraído, como muchos intelectuales. Sus amigos no se cansan de contar que deja ropa olvidada en los hoteles, que no sabe dónde están las cosas, que se pone calcetines de color diferente, que en la conversación salta de un tema a otro, a veces en medio de una frase, que en una boda se llevó la camisa y los gemelos del novio. Olvida las cosas pequeñas porque está siempre pensando en las que considera más importantes. Y tiene una excelente memoria para las cosas que le interesan; recuerda detalles de libros leídos meses antes; y asombra a sus colaboradores preguntándoles cuestiones mencionadas tiempo atrás de las que ya nadie se acuerda.

Pero si Kennedy es un intelectual, lo es a su manera. Tiene una mentalidad más analítica que creadora, más curiosa y penetrante que amplia y filosófica, más ascética que racionalista, más catalítica que original o imaginativa. Rehúye las soluciones doctrinarias y las conversaciones dogmáticas. Le molestan los «slogans», y a veces hasta le molesta la afirmación de princi-

pios... Prefiere dar una docena de razones distintas para sostener una posición que dar un solo motivo. Toma las preguntas al pie de la letra; en una reunión de estudiantes le preguntaron qué haría con lo de Little Rock si fuese presidente, y expuso una minuciosa descripción de todos los trámites y procedimientos legales a que podía recurrir el poder ejecutivo. Considera que las frases hechas de la administración de Eisenhower son pobres sucedáneos del pensamiento y la acción. Si hay algo que él deteste más que los tópicos liberales, son los tópicos conservadores.

Una cualidad define a Kennedy mejor que otra cualquiera: el dominio de sí mismo. Nunca nadie, ni siquiera su madre, le ha visto encolerizado o llorando desesperadamente. Nunca ríe a carcajadas; su humor, aparte de los chistes obligados en todo discurso político, es agudo e irónico, como el que se da con frecuencia en la guerra o en otros momentos de gran tensión. Detesta las escenas y las efusiones emotivas, en su hogar o en el trabajo. Su ambición y tenacidad en política, no provienen tanto de tendencias emocionales como de la serena evaluación de sus propias capacidades y posibilidades. Según parece, nunca ha estado apasionadamente enamorado. Le preguntaron en cierta ocasión si había tenido desengaños amorosos, y contestó:

"Nunca me he tomado el amor a lo trágico."

¿De qué le viene a Kennedy su reserva, moderación y desapego? Resulta fácil atribuirlos a su temperamento o al funcionamiento de sus glándulas, como Hubert Humphrey, que culpa a sus "glándulas de secreción interna" por su apasionamiento político. En el desapasionamiento de Kennedy, como en su voluntad de poder, habrá influido indudablemente su ambiente familiar. Se crió en una familia que vivía en constante espíritu de emulación y superación, que había pasado de los barrios bajos de Boston a los más elegantes de Nueva York, a Palm Beach y a Hyannisport, que había ascendido por la escala social desde la baja clase media hasta las más elevadas esferas, que había roto las amarras que les unían con los "irlandeses con cortinas de encajes" sin vincularse a ningún otro grupo social, económico ni ideológico. Kennedy, aunque en buenas relaciones con todos los grupos, no se dejó captar por ninguno.

Este temor a identificarse demasiado con ninguna causa ni partido es inherente al carácter mismo de Kennedy, para quien

tomar partido es perder libertad. En las pocas ocasiones en las que ha actuado con cierta inmoderación, después se ha arrepentido de haberlo hecho. Mucho después de haber dicho ante la Cámara de Representantes que los dirigentes de la Legión Americana no habían tenido una sola idea nueva desde hacía años, seguía preguntándose si no habría exagerado, porque la Legión ha tenido una o dos ideas nuevas, y esto podía dar pie a que la gente tildase a Kennedy de irreflexible y le considerase poco serio.

Kennedy, demócrata

El desapego ideológico de Kennedy le ha malquistado con muchos liberales e intelectuales que consideran que hasta los hombres razonables, y ciertamente los candidatos a la presidencia, están obligados a defender alguna causa y a tener convicciones sólidas. Kennedy es mal visto también por algunos demócratas profesionales porque no hay manera de fijar su posición dentro del partido mismo. Kennedy se enorgullece de sostener buenas relaciones con el Senado en peso — desde Paul Douglas hasta Barry Goldwater —, del mismo modo que se enorgullece de estar en buenas relaciones con todos los miembros de la Cámara de Representantes, desde el racista John Rankin hasta el radical Vito Marcantonio. Es muy laudable que un congresista esté en buenas relaciones con todos sus colegas, conceden los demócratas, pero, ¿qué clase de demócrata resultaría Kennedy como presidente?

“Cuando vea dos hombres con corbatas blancas, sentados en rincones opuestos, y que uno grita “traidor” mientras el otro chilla “canalla”, tenga la seguridad de que se trata de dos líderes demócratas que procuran poner concordia en el partido”, decía Mr. Dooley en la obra de Finley Peter Dunne. A Kennedy le regocija esta cita, tan actual ahora como lo fue hace medio siglo. Pero para muchos demócratas, las disensiones internas no son un mero objeto de burlas y chanzas, sino el sistema indispensable para que el partido conozca la posición ideológica de cada uno de sus miembros.

“Dime con quien andas y te diré quién eres”, reza el refrán. Pero en el caso de un político, podría decirse también “dime

con quién no andas y te diré quién eres”. En la época de Roosevelt, los demócratas rodearon el Madison Square Garden con un estandarte: “Le queremos por los enemigos que se ha creado”. ¿Qué enemigos se crearía Kennedy? ¿Serían los enemigos convenientes?

Kennedy ha realizado grandes esfuerzos para mantenerse en buenas relaciones con todas las facciones del partido. Consciente siempre de los problemas de la Convención, sabe que la oposición activa de cualquiera de los grandes grupos demócratas — sudistas, líderes sindicales, antirracistas, líderes agrarios — bastaría probablemente para aniquilarle. Pero el desco de mantener buenas relaciones con todo el mundo no corresponde solamente a consideraciones políticas, sino también a su carácter. Kennedy creyó pagar el máximo tributo a Stevenson cuando le describió diciendo que “no pertenece a ningún grupo, ni sección, ni de derecha ni de izquierdas”.

Los colaboradores demócratas de Kennedy pretenden que se exagera mucho al creer que el Senador “flirtea” con todas las facciones. Lo que le ocurre al Senador, dicen, es que tiene muchas amistades personales, especialmente entre los senadores sudistas. En sus mociones más recientes, no ha pedido votos ni a conservadores ni a sudistas. Kennedy es algo más derechista que Humphrey, pero no por ello deja de ser un demócrata del norte declarado. Citan la frase de un secretario de estado sudista que llamó a Kennedy “el mejor de un triste grupo”.

Si los liberales miran a Kennedy con cierta suspicacia, ello no se debe tanto a su ideología como a su manera de ser. Le consideran moderado por temperamento, y están en lo cierto. Kennedy ha manifestado a menudo su aplauso por el *Pilgrim's Way* de John Buchan, y Buchan era un admirador de hombres como Burke y Balfour que se niegan a destruir lo construido por muchas generaciones “simplemente porque el retoque está deslucido”. Kennedy cita con frecuencia las palabras que Buchan pone en boca de Lord Falkland: “Cuando no es necesario cambiar, es necesario no cambiar”. Cita también una frase de Robert Frost que viene a significar lo mismo: “No derribes una valla antes de enterarte para qué la pusieron”.

La principal reserva de los jefes demócratas contra Kennedy no deriva tanto de la ideología de Kennedy como por

temor a su actitud hacia ellos si sale elegido presidente. Conocen su opinión sobre los fósiles del partido, su independencia de la delegación de Massachussets (al menos hasta 1956), su tendencia a dar las buenas colocaciones — las pocas de que ha dispuesto — a sus propios colaboradores más que a “demócratas de mérito”, su oposición a costumbres consagradas como la de conceder las mejores embajadas a quienes han dado más dinero para las campañas del partido. ¿Qué molestas innovaciones introduciría aquel hombre?

Otra de las objeciones se basa en la edad de Kennedy. La mayoría de jefes demócratas han ascendido gradualmente por el escalafón para alcanzar los altos cargos pasados los cincuenta o sesenta años de edad. No sienten simpatía por los jefes jóvenes porque piensan que, si éstos mandan, les arrinconarán a ellos para poner a gente joven en su lugar. Los oradores demócratas proclaman que América debe “dar un salto adelante” sustituyendo la cansada administración republicana compuesta de sesentones por un gobierno enérgico de gente más joven — pero esta perspectiva no entusiasma a los sesentones.

A muchos demócratas les preocupan poco estos problemas internos. Sólo les importa una cuestión: ¿seguirá Kennedy la tradición liberal de Roosevelt y Truman? Esta cuestión sale a relucir con mucha frecuencia cuando se habla de Kennedy, en parte por su historial ambiguo de otros tiempos, en parte porque a él no le gusta que le clasifiquen ni le pongan etiquetas. Kennedy considera también que en gran parte el liberalismo del New Deal y del Fair Deal ha sido: o bien plenamente incorporado a nuestro sistema de vida dejando por tanto fuera de discusión, o bien superado. El liberalismo, según Kennedy, debe ser revisado y renovado — por ejemplo, en política agraria y comercial —. Kennedy aceptaría la responsabilidad de imponer un programa de renovación liberal, como “idealista sin ilusiones”, según dice su mujer.

“Lo que más necesita la nación es una corriente constante de ideas nuevas”, ha dicho. “...No podemos obtener nuevas ideas sin un gobierno y una opinión pública dispuestos a respetarlas y sin gente que las propugne... Nuestro país ha superado grandes crisis en el pasado, no a causa de nuestra riqueza,

ni de nuestra oratoria, ni porque tengamos coches más largos, ni neveras más blancas, ni televisores más grandes que ningún otro país del mundo, sino porque nuestras ideas son más convincentes, penetrantes, más sensatas y estables”. En muchas conferencias, Kennedy ha tratado de las “diez revoluciones pacíficas” cuyo impacto se deja sentir en el liberalismo y deben transformar su contenido, como “han transformado la vida humana misma: las revoluciones de la ciudad, del campo, del índice de natalidad, de la longevidad, de la técnica (especialmente la automación), de la energía, del nivel de vida, del armamento, de las naciones subdesarrolladas y del nacionalismo”.

Como ninguna de las etiquetas corrientes encaja con Kennedy, sus amigos han tratado de adoptar para él alguna nueva. Alguien sugirió la de “humanismo”, entendido no en su sentido filosófico, sino como una política centrada en la familia y en el bienestar social y en la seguridad económica — salarios mínimos más elevados, servicios de asistencia médica ampliados, viviendas, protección a los ancianos, subsidios familiares.

Pero no es necesario recurrir a términos especiales. Estudiando la evolución de Kennedy durante estos últimos años, salta a la vista que él sigue la tradición Wilson-Roosevelt-Truman, propugnadora tanto del bienestar social y económico como de las libertades civiles. No ha faltado quien pretendiese ver en la evolución de Kennedy una simple táctica electoral, escogida en vísperas de la gran campaña. Es posible que cuestiones de táctica hayan influido en Kennedy, pero lo más probable es que su evolución sea genuina y profunda, y que la hayan determinado tanto presiones interiores como externas. Estas presiones se reflejan en los colaboradores políticos que el Senador se había buscado últimamente: Paul Douglas, Joseph S. Clark, John Sherman Cooper, Pat McNamara, Henry Jackson y otros senadores liberales. Su padre ha comentado, sin reprochar nada a su hijo: “Pienso todo lo contrario de mi hijo en el cincuenta por ciento de casos — especialmente en política exterior —. Discuto con él, pero no espero convertirle”. Resultaba significativo que en 1958 y 1959 Kennedy apoyase consistentemente la posición liberal en el partido demócrata tanto en cuestiones sociales como en materia de libertades y de derechos civiles.

Respaldó un plan de viviendas protegidas, introdujo una "carta de derechos" en diez puntos que promulgaba mejores condiciones de vida para los ancianos, continuó abogando para que se constituyeran Alaska y Hawai en Estados (medida que muchos sudistas consideraban cuestión de derechos civiles) votó una ley contra el linchamiento y una ley contra los impuestos electorales. Las dos piezas legislativas en las que más trabajó durante 1959, fueron un aumento del salario mínimo federal a \$1.25 y la derogación de la ley de defensa federal que obligaba a los estudiantes a firmar juramentos de adhesión y lealtad si solicitaban becas.

Se opuso también enérgicamente al certificado de no-comunismo exigido por el Taft-Hartley Act. Kennedy había llegado a asimilar por fin plenamente que la tradición democrática liberal requiere tanto "pan con mantequilla" como libertad. Como dijo en mayo de 1959:

"La tradición americana ha creído siempre y sigue creyendo que no existe conflicto real entre libertad y seguridad, entre libertad y abundancia. Antes bien a través de épocas de prueba, la tradición, americana ha demostrado que la libertad es el aliado de la seguridad, la base de la abundancia, y que la libertad está en la verdad."

Kennedy, Presidente

"¡No soy whig!", declara Kennedy cuando le preguntan su concepto del poder presidencial. El cree, a diferencia de los *whigs* de los primeros tiempos de la República, cuya desconfianza en el pueblo les movía a desconfiar del poder presidencial, que la presidencia debe ser la fuerza unificadora y coordinadora de los distintos organismos de nuestro sistema gubernamental, basado en la división de poderes. Bajo la dirección de Kennedy, la Casa Blanca impondría normas y directrices a la anárquica burocracia federal. Kennedy comparte la opinión de que la función suprema de un presidente de los Estados Unidos es la de ser "un poco estable de autoridad". Su actitud ha cambiado desde la época, en que él mismo en la Cámara de Representantes, parecía desconfiar del poder presidencial.

Su administración, regida por hombres jóvenes, activos, ponderados y competentes, sería un lugar serio y tranquilo, a veces hasta aburrido, quizás. No cabrían allí la delegación automática de poderes y responsabilidades remitidas a comités interdepartamentales, como en la época de Eisenhower, ni tampoco la ruidosa relajación de la época de Truman, ni el desorden genial y creador de Roosevelt. Los soñadores con ideas brillantes e irrealizables que conseguían ser recibidos por F. D. Roosevelt no lograrían entrevista alguna con Kennedy, pero acogería a todos los que llevaran proyectos definidos, y el personal de la Casa Blanca sabría discernir entre unos y otros. Sin embargo, hasta el hombre más capaz, con el proyecto más ingenioso, hallaría en Kennedy un cliente difícil.

Una administración así estaría compuesta por gente experta e inteligente —republicanos o demócratas indistintamente, hombres de negocios o profesores o líderes laborales, liberales o conservadores. Kennedy convertiría su gabinete en un "ministerio de los talentos" compuesto de hombres moderados, con ideología de "centro izquierda". Políticos del calibre, quizá, de Adlai Stevenson y Chester Bowles conducirían los asuntos Exteriores, y gente con la formación y la personalidad de Abraham Ribicoff y Albert Gore manejarían los asuntos del Interior. (Estos nombres se basan en impresiones personales mías y no corresponden a declaraciones de Kennedy ni de sus ayudantes. Lo mismo ocurre con la siguiente exposición, excepto cuando cito al propio Kennedy.)

La administración tendría en cuenta todas las críticas. Los artículos en la prensa, los discursos republicanos, los ataques del Congreso hallarían eco inmediato en la Casa Blanca, que por su parte realizaría un esfuerzo constante de autocrítica. Los incompetentes serían sustituidos con buenas palabras pero con firmeza.

¿Qué haría esta administración? En algunos aspectos sus realizaciones no significarían un cambio brusco, un contraste tajante con las de la administración republicana. La mayor innovación, al principio, estaría en la legislación social federal. Serían aumentados los salarios mínimos, ampliada la seguridad social, limitadas las exenciones, revisados los puntos de la polí-

tica laboral de 1959 que ponían trabas al sindicalismo democrático y honrado, extendido el plan federal de viviendas, incrementada la ayuda federal para la construcción de escuelas. El cambio más radical vendría representado por los subsidios familiares por cada hijo nacido, y por la asistencia médica, renovada a semejanza del programa sanitario británico, que tan buenos resultados viene dando.

Sería equilibrado el presupuesto, al menos en época de pleno empleo, no a base de reducir gastos federales — cosa imposible dado el programa de la administración Kennedy — sino aumentando impuestos como el de la renta y ampliando el radio de exacción de los impuestos ya existentes. Conseguir que el Congreso aprobara este severo programa tributario constituiría la mayor proeza legislativa de la nueva administración.

“Si le eligen presidente, ¿cuál será su política exterior? ¿Habrá novedades? ¿Tratarán, sin mengua de la seguridad económica y militar de la nación, de poner fin a la guerra fría, a la tensión entre el Este y Occidente, o al menos de preparar el camino para que esto se logre alguna vez? ¿Qué posibilidades ve usted para salir del actual atolladero o de abrir brechas que nos saquen de él dentro de una o dos décadas?”

No hace mucho que formularon estas preguntas al Senador en uno de sus raros momentos de descanso entre las actividades legislativas y las giras electorales. En «shorts» y con gafas oscuras, Kennedy tomaba el sol en una *chaise-longue*, en el porche de su casa de Hyannisport. Tenía la nariz untada de crema. Su mujer leía a su lado; su hija Caroline correteaba por las escaleras del jardín. La campaña y la guerra fría parecían muy lejos.

“En primer lugar”, contestó, “para una reconciliación hace falta que los dos la quieran. No nos hagamos ilusiones: no aparecerán de la noche a la mañana fórmulas mágicas, desconocidas por todos nuestros predecesores, para mejorar las relaciones entre el mundo libre y el mundo comunista o para inclinar la balanza del poder en nuestro favor. Cuando Krushev habla de coexistencia pacífica, lo que quiere es “enterrarnos” por medios distintos al de la guerra. Si nuestro poder militar sigue siendo el primero del mundo — tanto en armamento tradicional como en armas nucleares — entonces sería posible animar

a los rusos y a los chinos a que se despidan de las armas. Entonces la lucha podría convertirse en una pugna incruenta entre dos sistemas político-económico-sociales rivales, para demostrar cuál de los dos consigue mejores resultados y transforma la vida de la gente en los países subdesarrollados y en las excolonias de manera más satisfactoria.”

“Son muchas las cosas que nos hacen falta para vencer en esta lucha. Debemos tener conciencia de que el África libre influirá de manera decisiva en la Asamblea General y en el mundo, y controlará la cuarta parte de los votos de la Asamblea General. Los nuevos países, enfrentados a problemas vitales, requieren la ayuda económica y educacional de Occidente, y necesitan, quizá por encima de todo, amistad y comprensión.

“Una nueva administración demócrata, heredera de Franklin Roosevelt, tendría la gran oportunidad de reconstruir la solidaridad panamericana, apoyando un mercado común, la estabilización de materias primas, etc., por una parte, y dejando bien sentada la interdependencia de hecho entre la América del Norte y la del Sur por otra parte y defendiendo la libertad como ideal de todo país del Norte o del Sur.

“Otra gran oportunidad nos la brinda la India, con su cuarenta por ciento de la población total del mundo subdesarrollado y su competente planificación económica. Si falla el tercer plan quinquenal en la India, fallarán la India y el Asia entera. Por esta razón, tanto el senador John Cooper como yo hemos tenido interés estos dos años últimos en enviar misiones económicas de alto nivel a la India y a los países vecinos a fin de que tanto Europa como los Estados Unidos contribuyan a la liberación económica de aquel país. Nos perjudicaría mucho que la China lograra un pleno desarrollo económico y que la India fracasara.

“Debemos aprovechar también la tregua actual para establecer mejores relaciones con Polonia y con los otros países del telón de hierro — talón de Aquiles del Imperio Soviético — y por ello he intentado, con George Aiken, enmendar el Battle Act estableciendo un mayor intercambio comercial con aquellos países. George Kennan propuso algo en este sentido hace una par de años en Alemania, y aunque la oportunidad ha pasado, bien pudiera ser que volviese.

"Debemos revisar toda nuestra política en el Oriente Medio — el Pacto de Bagdad, la Doctrina de Eisenhower, la presa de Asuán — lamentables errores basados en un concepto del Oriente Medio que ya no se sostiene en pie.

"Ahora cuando debemos decidarnos a evacuar Quemoy y Matsu, que son indefendibles y dan lugar a innecesarias y a peligrosas fricciones con la China Roja. Estas fricciones podrían provocar una guerra y la opinión mundial estaría contra nosotros. Si hemos de tener dificultades con los chinos, y es probable que las tengamos, procuremos que sea por principios básicos de interdependencia nacional y de sobrevivencia, de manera que aliados y neutrales aprueben nuestra actuación. Aunque los chinos no den muestras de querer transigir en su actitud hostil ni en el interior ni en el exterior e impiden con su intransigencia que les reconozcamos y que la ONU los admita, debemos mostrarnos dispuestos a conferenciar con ellos siempre que lo quieran, para poder así sentar las bases de su admisión en el concierto de las naciones, con el beneplácito de los demás países.

"En última instancia, nuestra política exterior y las relaciones con otros países vienen condicionadas por la política interior. Si nuestro poderío militar se mantiene, si la productividad aumenta, si dedicamos parte considerable de nuestros recursos a ayudar a los países subdesarrollados, si somos los primeros en conseguir progresos científicos — los primeros en obtener agua potable a partir del agua marina a precio módico, por ejemplo — si nuestro sistema de enseñanza mejora y si todos los americanos tienen igualdad de oportunidades — entonces habremos demostrado que el futuro está en la libertad más que en el comunismo. Fue la filantropía de Franklin Roosevelt lo que le dio su gran reputación internacional. Las obras son amores y no buenas razones."

Empero, ¿es esto suficiente? Desde luego, usted como presidente intentará reforzar la unidad del mundo libre y mantener una balanza de poder estable contra los comunistas, pero a la larga las balanzas tienden a desequilibrarse, ¿no es así?

Kennedy replicó: "A la larga se producirán muchos cambios en la balanza del poder. Pero si podemos resistir bastante tiempo, creo que el sistema comunista tanto en Rusia como en

China habrá evolucionado lo suficiente para que entrevamos esperanzas de triunfo. Nuestro «poder mágico» está en el anhelo de libertad de cada individuo, en las ansias de independencia de cada nación. Tales son nuestras mejores armas para acabar con el imperio comunista en la Europa del Este. Estoy convencido de que nuestro sistema es el más adecuado dada la naturaleza humana, y por eso creo que acabaremos triunfando nosotros, si tenemos suficiente autodisciplina y perseverancia para resistir durante un largo período de prueba."

Desde la época de Polk, ningún gran presidente, exceptuando quizás a Wilson, manifestó claramente antes de su elección el deseo y la capacidad de imponerse al Congreso y a la burocracia. La presidencia dispone de vastos poderes legales y de gran influencia moral, pero el grado en que este poder e influencia pueden ejercerse y aprovecharse depende de cada presidente concreto y de las circunstancias. ¿Cuál será la misión del presidente durante la próxima década, según usted?

"La década del 1960 planteará terribles problemas. Creo que Eisenhower podrá retirarse relativamente tranquilo: el final de su mandato coincidirá con un momento de pleno empleo, de índice de precios estable; probablemente el descenso del precio de los alimentos compensará la subida de precios industriales; dentro de año y medio aproximadamente tendrán lugar los acuerdos sobre Berlín, y los países ahora independientes continuarán siéndolo.

"Pero ocurrirá algo parecido al momento en que Calvin Coolidge cedió el lugar a Herbert Hoover: todos los conflictos que se están fraguando ahora descargarán sobre la cabeza del próximo presidente. En 1961 ó 1962 surgirán todos los problemas — de armamento, de la NATO, de inflación desesperada y caos económico en el hemisferio meridional —. El próximo presidente será el que deberá enfrentarse con las tareas más arduas después de las de Roosevelt, y creo que Roosevelt fue el presidente de los Estados Unidos sobre quien recayeron tareas más difíciles, si exceptuamos quizás a Lincoln y a Washington. El trabajo será enorme, y terribles las responsabilidades que recaerán sobre el hombre elegido. Nos enfrentamos con el problema de si una sociedad libre en la que cada uno de nosotros vela por sus intereses particulares puede competir por

muchos tiempos con una sociedad totalitaria en la que todos los recursos humanos y materiales están puestos al servicio del Estado.

"Son muchas las ventajas inmediatas de un estado totalitario en esta clase de competencia. La lucha entre Esparta y Atenas nos da un ejemplo clásico. La responsabilidad del presidente, por lo tanto, es mayor que nunca. Debe actuar como catalizador, como principio energético, como defensor del bien y de los intereses públicos contra los intereses privados egoístas. Sólo el presidente puede hacer esto, y sólo un presidente con plena conciencia de las dificultades y de los escollos que presenta su histórica misión puede ser digno de la misma."

En el Senado, usted ha sido más bien tradicionalista. Usted se opuso a prescindir del comité de Eastland, usted defendió que se conservara el sistema de elección de presidentes de comités según la antigüedad, usted ha defendido el sistema americano de división de poderes acérrimamente. ¿Cómo concuerda todo esto con su actual concepto de la autoridad presidencial?

"No siempre soy un tradicionalista, aún en el Senado", dijo Kennedy. "Por ejemplo, yo respaldé enérgicamente el programa de empréstitos Fulbright a largo plazo, haciéndolo depender del Tesoro más que de las asignaciones anuales y prescindiendo así del *Appropriations Committee*. Prefiero seguir los procedimientos tradicionales si no significan más que un retraso de ocho días o quince, pero prescindo de ellos si restan eficacia a los resultados."

"Se presentan tiempos caóticos y difíciles, con el aumento de población aquí y en el extranjero, las transformaciones en los países subdesarrollados, la revolución en el armamento y tantas otras cosas. Lo mejor que puede hacer el presidente es escoger la gente más capacitada que encuentre e intentar, ganarse el Congreso, con una movilización general de la opinión pública. Trabajando para ello sin tregua y ejerciendo cuanta fuerza de voluntad y cuanta capacidad organizada pueda poner en juego."

"¿Hasta dónde pienso llegar? Creo que nuestro sistema constitucional solamente funciona bien con un presidente enérgico. La Constitución es un documento muy sensato y atribuye a la presidencia ni más ni menos que todos los poderes que puede

absorber y manejar. Si el presidente fracasa, la culpa es suya y no de la Constitución. Creo que el presidente debe hacer uso de toda su autoridad siempre que sea necesario y sin rebasar nunca los límites constitucionales."

"El Congreso no está facultado para tomar decisiones políticas básicas, para dirigir las relaciones exteriores ni para defender los intereses de la nación en el grado en que lo hace el presidente. Soy un tradicionalista en cuanto creo en los derechos formales igual que en los derechos sustantivos. Creo, sin embargo, que dentro de dos o tres décadas el presidente deberá enfrentarse a problemas mucho más graves que los de todos sus predecesores —y puede recurrir a todos los poderes y autoridad de que le inviste la Constitución, si quiere."

¿Hasta qué punto influirá en los problemas congresionales la rivalidad entre los demócratas del Sur y los demócratas del Norte?

"Es inevitable que existan rivalidades cuando un partido nacional abraza regiones históricas que en otros tiempos fueron enemigas. Pero, en conjunto, el partido demócrata es progresista y apoyará a un presidente progresista. Creo que tener experiencia congresional, cosa que ha faltado a Eisenhower; y eso puede facilitar mucho la tarea."

"Roosevelt se mantuvo siempre en contacto con el Congreso y aunque nunca logró renovarlo a su gusto, pudo lograr que aprobara casi todo su programa, al menos al principio. Me parece que, con la industrialización del Sur, habrá mayor uniformidad en el partido demócrata que en otros tiempos."

"Esta parte del trabajo depende en el fondo de la habilidad política del presidente. Un periodista le preguntó a Eisenhower si le «gustaba el juego de la política» y el Presidente respondió enojado que la expresión resultaba *ofensiva*. «Me encanta ser Presidente», dijo, «pero no me gusta la palabra *política*»."

"A mí me gusta mucha la palabra *política*."

Un cargo de dirección moral

Kennedy, como presidente, movilizaría los instrumentos tradicionales del poder presidencial y los manejaría con fuerza, astucia y tenacidad. Tendría quizás ese sexto sentido en el trato con los hombres que caracterizó a Roosevelt. Conseguiría formar difíciles coaliciones y alianzas con los republicanos cuando fuera necesario, pero aceptaría también soluciones de compromiso cuando le faltaran votos.

Sin embargo, ¿bastaría con todo esto? La presidencia es "ante todo un cargo de dirección moral", según dijo Franklin D. Roosevelt. "Todos nuestros grandes presidentes han sido "líderes del pensamiento" en trances de la vida nacional que exigían el esclarecimiento de ciertas ideas históricas". Por ello son muchos entre los que critican a Kennedy, especialmente en el campo liberal, que no pueden imaginarle en la Casa Blanca. ¿Qué gran idea personifica Kennedy? ¿Cómo considerarle un "líder del pensamiento"? ¿Cómo lograría él ejercer funciones de dirección moral ante un futuro indeciso de la Nación?

Los amigos de Kennedy no responden de manera tajante y clara a ninguna de estas preguntas. Se limitan a replicar que Kennedy no es una excepción. Son pocos los candidatos de estos últimos años (exceptuando a Taft y quizás a Stevenson) y son pocos los presidentes que han defendido con tesón sólidos programas ideológicos. Alegan también que se requerirá algo más que una altisonante dirección moral en los años sesenta: serán necesarias, por ejemplo, habilidad y constancia para conseguir que el Congreso apruebe leyes impuestas por las necesidades crecientes de la Nación. El propio Roosevelt completaba la cita anterior añadiendo que el cargo presidencial es "una magnífica ocasión para aplicar bajo nuevas condiciones las sencillas reglas que rigen nuestra conducta. Sin una autoridad alerta y sensible a los cambios, estamos condenados a naufragar o a extraviarnos". Los amigos de Kennedy le consideran el hombre más indicado para ejercer una autoridad alerta y sensible a los cambios.

Uno de los colaboradores de Kennedy, que lleva años trabajando con él y acompañándole en sus giras, considera que la

gente exagera mucho al hablar de su moderación y reserva. Kennedy sabe "prescindir fríamente de prejuicios, fantasías y sentimientos cuando debe tomarse una decisión difícil", pero cree firmemente en lo que dice y defenderá con tenacidad lo que cree. Aunque no es un fatalista ni mucho menos, acepta misiones difíciles porque, como escribió en el último capítulo de *Profiles in Courage*, los hombres deben cumplir con su deber, sean cuales sean los obstáculos y peligros: ésta es la base de toda moral. "Son su época y sus contemporáneos quienes deben juzgar a Kennedy. Las multitudes que atrae, los aplausos que recoge, la lealtad incondicional de sus seguidores, el apasionado interés que ha despertado en el país entero, demuestran claramente que en él se da la feliz combinación de extraordinarias dotes como dirigente y de brillantez intelectual, con un claro sentido de las relaciones públicas y un conocimiento de la masa fuera de lo común".

Mucho depende de las circunstancias y del momento. Si la década del 1960 exige simplemente que se consolide, continúe y expanda la política del New Deal y del Fair Deal, la capacidad política de Kennedy y sus convicciones liberales serán cualidades suficientes en un presidente. Pero, ¿qué ocurrirá si los sesenta resultan ser una época de cambios radicales, de crisis sin precedentes? ¿Qué pasará si surgen problemas cuya solución "no está escrita en los libros"?

Una época así exigiría dos matices de caudillaje, y ambos requerirían condiciones que Kennedy difícilmente podría ofrecer.

Un caudillaje creativo, capaz de modificar la opinión pública en vez de dejarse arrastrar por ella, y de modificarla por medio de conferencias de prensa, alocuciones, giras, "charlas junto al fuego", etc. Tomando partido valientemente, haciendo caso omiso de las encuestas Gallup, de los ataques de la prensa o la inhibición del Senado, predicando con el ejemplo más que con la palabra, el Jefe del Estado puede alterar toda la constelación de fuerzas políticas —al menos durante su mandato.

En una de sus giras electorales, Kennedy habló al *United Negro College Convocation* de Indianópolis. Sus observaciones eran inteligentes, liberales, elocuentes y desapasionadas. El auditorio aplaudió calurosamente. Una larga cola le espe-

raba a la salida para estrecharle la mano. Pero casi nadie le habló de la conferencia: sólo parecían interesados en ver de cerca al simpático joven que la había pronunciado. Les había satisfecho intelectualmente y su aspecto exterior les agradaba —pero no había despertado en ellos ningún eco espiritual. Cabell Phillips, del *New York Times*, comentó algo muy semejante al asistir a la campaña de Kennedy en Wisconsin, en octubre de 1959. Kennedy radiaba afable y franca cordialidad en grupos reducidos y la gente se encontraba a gusto con él. "Pero su actitud cambia mucho cuando se dirige al público desde la tribuna. Entonces parece más un abogado que un orador, y recita su conferencia con voz monótona y un poco apresurada. Intercala frecuentes citas, bien escogidas y a menudo eruditas, y a veces versos, pero raramente consigue arrancar risas o cautivar la atención del público o conmoverlo —y por lo tanto no tiene que esperar mucho para que la gente acabe de aplaudir".

Kennedy es un racionalista y un intelectual. Quiere que las campañas políticas se realicen como debates: "cortes pero sinceras, cordiales pero francas, incisivos sin ser incendiarios...". Ataca las "horribles armas de la moderna guerra intestina, la frase cargada de doble sentido, la pluma cáustica, y, la peor de todas, la más siniestra, la grandilocuencia". Pero fue en gran parte con grandilocuencia como Wilson y Roosevelt vencieron a su partido, al país —y al mundo.

¿Sería capaz Kennedy de convertirse en un jefe de estado que forjara la opinión pública? En sus estudios sobre la "durmiente Inglaterra", daba casi toda la culpa del fracaso al pueblo y excusaba mucho a los dirigentes. Pero los dirigentes debieron haber intentado al menos convencer al pueblo. En *Profiles in Courage* los héroes parecen abocados a la alternativa única de dejarse arrastrar por la opinión pública o bien desafiarla y convertirse en mártires. Pero, ¿no existe una tercera alternativa —especialmente en el caso de un presidente—: provocar una opinión pública y moldearla? La otra clase de caudillaje que la década del 1960 puede exigir es la autoridad carismática: la capacidad de inspirar, exaltar, apasionar, hacer que la gente se entregue a una causa aún sin entenderla del todo. Este tipo de caudillaje exige mágicas cualidades del co-

razón y del espíritu, una seriedad y al mismo tiempo una alegría, una oratoria y una pasión que a pocos hombres han sido concedidas.

El pueblo debe depositar fe y confianza en el gobernante, y el gobernante ha de merecer esta confianza y ha de sacar partido de ella. "En momentos de duda, cuando la fe vacila", decía Oliver Wendell Holmes Jr., "hay algo en que nunca dejo de creer... y es la maravillosa y auténtica fe que mueve a un soldado a dar su vida en aras de un deber aceptado ciegamente, por una causa que no comprende...". La dirección carismática tiene sus peligros, porque puede exigir por parte del pueblo demasiada confianza, fe ciega y dependencia de un sólo individuo. Pero salvada esta reserva y garantizada la libertad de expresión y la constitucionalidad de las elecciones, este tipo de caudillaje puede resultar providencial y salvar a las democracias en los momentos de zozobra.

Comparando el potencial de Kennedy con el de Roosevelt, hallamos entre ambos algunos rasgos comunes. Ambos forjaron su propio liberalismo a partir de su experiencia cotidiana en vez de sacarlo de dogmas abstractos. Uno y otro tuvieron que luchar contra la influencia de su ambiente y tuvieron que debatirse entre corrientes y tradiciones opuestas; uno y otro fueron políticos, pragmáticos, realistas y tenaces, dispuestos a aceptar soluciones intermedias —ante la desesperación de sus partidarios—. Como Roosevelt, Kennedy es capaz de desplegar ilimitada paciencia en unas ocasiones y de ponerse frenético por cosas triviales en otras. (En el caso de Kennedy, eran las payasadas de ciertos políticos locales de Massachusetts las que le sacaban de quicio.) Como Roosevelt, Kennedy puede mostrar valor, inteligencia aguda, agilidad de pensamiento y rapidez de reacciones. Como Roosevelt, Kennedy es moderado en su conducta como en sus ideas. Detesta la falta de contención, de autocontrol, detesta las "escenas" y la exteriorización de emociones. Su cordial simpatía no es más que un guante de seda que cubre una mano de acero, a veces fría, a veces inflexible, casi impenetrable.

Pero existen diferencias, también. A Kennedy le faltan algunas de las cualidades de Roosevelt como conductor de masas: su humor su desbordante alegría, su magnetismo ante las mul-

titudes, su teatralidad, su vigor de expresión. Tampoco sabe adular, ni lisonjear, ni exagerar. Clinton Rossiter ha dicho que Roosevelt era "tan diligente como el conejo de la fábula y tan rápido como el tigre, pero también a veces era tan exagerado como la lechuza". En todo caso, en época de turbación y de peligro, Roosevelt supo sacar provecho de sus defectos como de sus cualidades en defensa de la democracia.

¿Mostraría Kennedy la rica imaginación y el valor de un Roosevelt, en condiciones críticas? Antes de responder, debe tenerse en cuenta el carácter mismo de la función presidencial, que parece tener la virtud mágica de mejorar a quienes la ejercen (como en el caso de Truman), de sacar el máximo partido de ellos, de convertir políticos capaces en grandes dirigentes.

A través de su vida, Kennedy ha sabido agotar las posibilidades de cada cargo ocupado, superándolo siempre. Kennedy es demasiado joven, curioso y flexible, para no seguir progresando. A partir de su antiguo neutralismo y desapego, tiende cada vez más a adquirir sólidas convicciones y a responsabilizarse.

Si el "impacto" de la presidencia se deja sentir en sus ocupantes, el de los tiempos gravita igualmente. Puede ser que la década del 1960 resulte menos difícil que las décadas de Roosevelt o de Eisenhower. Pero Kennedy cree lo contrario: "Porque ahora la época de consolidación ha pasado y hemos vuelto a una época de transformaciones y de desafíos", ha dicho. "El año próximo, la próxima década, indudablemente la próxima generación, requerirán mayor valor y prudencia por nuestra parte que cualquier otro período de nuestra historia. Tendremos que enfrentarnos cada día, en todo momento, a lo largo de nuestra vida entera y de nuestra época, con el verdadero problema de estos tiempos: la sobrevivencia." A la batalla por la sobrevivencia, Kennedy puede aportar valentía y sensatez. Su capacidad de aportar también pasión y fuerza, depende de que sepa adoptar postura, no sólo cerebralmente, sino de todo corazón: cosa a la que hasta ahora no se ha visto obligado.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Aparte del material bibliográfico utilizado, las fuentes de este libro son mayormente de dos clases: los registros que se hallan en el despacho del Senador John F. Kennedy en Washington; y entrevistas con el Senador Kennedy y con sus familiares, ayudantes, amigos, contrincantes y otras personas. Cada clase de fuente requiere una explicación.

En el despacho de Kennedy, los registros se encuentran principalmente en dos lugares: en una habitación que queda bajo el alero del quinto piso del antiguo edificio de la oficina senatorial — y que hoy sirve de ático — y en los despachos regulares del Senador que están en el tercer piso del mismo edificio. En las notas que siguen el primer lugar es denominado "la oficina del ático" y el segundo la "oficina central". Los archivos referentes a los años anteriores a 1958 se encuentran en la oficina del ático y los restantes en la oficina central. Los archivos que me han sido más útiles son los legislativos, agrupados por años y divididos alfabéticamente por materias, tales como "Agricultura" o "Política Extranjera". He consultado todos los archivos de ambas oficinas. Otro grupo de archivos está constituido por las copias de las cartas de Kennedy a sus corresponsales, agrupadas por años y luego alfabéticamente según el nombre del destinatario. Estos archivos me han servido como guía del archivo legislativo. Un tercer archivo, al que apenas he echado un vistazo, está compuesto por la correspondencia referente a asuntos personales, favores, solicitudes de fotos y autógrafos, etc. En la oficina del ático hay también algunos archivos referentes al período de la Cámara de los Representantes, por desgracia incompletos, desorganizados y guardados en viejos muebles y cajas de cartón, que examiné por completo. En la oficina del ático se encuentran un sinnúmero de placas, condecoraciones, recuerdos personales y curiosidades que quedaban al margen del objeto de mi trabajo, y un montón de un metro de altura aproximadamente, formado por los efectos de escritorio, discursos ciclostilados, y un revoltijo de cosas diversas.

Los archivos de la oficina central estaban organizados de la misma manera que los del ático. También existen colecciones especiales de material político para campañas electorales y de otros varios

asuntos especializados que están archivados en el despacho y en diversos lugares de la oficina central; y escritos reunidos como los manuscritos usados para "Esbozo de una política". Se me ha permitido el acceso incondicional a todas las fuentes antedichas y he podido servirme sin reserva alguna del material correspondiente.

Tuve varias entrevistas con la mayoría de los miembros de la familia Kennedy, incluidos Mr. y Mrs. Joseph P. Kennedy, y mantuve correspondencia con otros familiares. En varias ocasiones me entrevisté con el Senador Kennedy en 1959 y las citas del texto de las que no se especifica la fuente han sido sacadas de estas entrevistas, que fueron tomadas en cinta magnetofónica y transcritas más tarde. Pude también examinar una colección de cartas escritas durante la infancia y juventud, que más abajo cito, así como los escritos familiares de los Kennedy.

Escribir acerca de una personalidad contemporánea impone la discreción de no revelar nombres de informadores. Por lo tanto, las informaciones particulares dadas por miembros de la familia serán mencionadas bajo el título general de "entrevista con la familia Kennedy", y no he especificado los nombres de otras personas entrevistadas. He omitido también los nombres de las personas que sostenían correspondencia con el Senador Kennedy, pero he intentado dar una idea de la clase de persona en cuestión con descripciones genéricas, por ejemplo, "un sacerdote de Pennsylvania", "una ama de casa perteneciente al ADA (*Americans for Democratic Action*)".

Véase, con res
11ª ed., 1911. La
cada de entrevista

Barrios bajos:
Irish Immigration
ven: Yale Univer
bridge: Harvard
1959), de Oscar
sobre el primer
pondencia con la
Para el viaje de
tic Migration" de
Press, 1940). Lo
en Boston es el li
do y agudo; ver
W. S. Rossiter (*B*
of Boston" (Bosto
Nathaniel Dearbo
R. A. Woods (Bo
de participar..."
tas de John Kenn
nen de un discurs
americano, el 4 d
las Actas del Con
páginas 16, 492.

Con cortinas d
dy y John F. Fitz
ponibles para cons
rald y Globe de Bo
dy. La historia d
de 1957, p. 19; la
un testigo, Charle
lidad en política

Fecha: 2 de mayo de 1969

S O L I C I T U D

El Diputado: NEIL NEIL,

solicita que se ponga a despacho y continúe sus trámites, el siguiente proyecto de ley:

Ciudadanía Honorífica al señor John F. Kennedy Trigésimoquinto Presidente
de EEUU.-

(EXPEDIENTE N° 3233)

N O T A : El anterior proyecto quedó pendiente en la Legislatura anterior,
en el trámite de: COMISION DE HONORES

(Firma)

-----oOo-----

Depto. Secretariado
Ehv./29/4/1969.-

PONGASE A DESPACHO